

La tuberculosis en El Salvador: sus causas

R. V. Castro

RLU: 1912 - XI (2) - pp. 50-55

A medida que la humanidad avanza en la obra de la civilización y del progreso, en busca de su propio bienestar, va encontrando elementos antagónicos, que, si no impiden que su marcha en el sendero que la conduce al perfeccionamiento, influyen en ella poderosamente, debilitando las fuerzas que pone en acción para llegar á la meta de su destino. Pero ella va, con resolución inquebrantable removiendo esos obstáculos, y prosigue, entre innúmeros enemigos, su marcha victoriosa.

El destino de la humanidad es la lucha por su propia felicidad, por el perfeccionamiento indefinido de la especie, el cual, á través de los tiempos, apenas ha llegado á adquirir un valor relativamente pequeño, si se toman en cuenta para apreciarlo los grandes esfuerzos y los infinitos sufrimientos que el hombre ha padecido desde su origen, en su lenta evolución, que se pierde en la oscuridad de los siglos, y que solo desaparecerán cuando haya triunfado sobre los elementos desconocidos que le rodean y

sobre sus mismas preocupaciones y sus vicios. A este benéfico fin se encaminan los trabajos de todos los pensadores que luchan en el campo de las ciencias positivas. Estudiar al hombre mismo, las fuerzas que obran sobre su naturaleza y sobre los seres, grandes y pequeños, que lo rodean, para ir suprimiendo los peligros que le amenazan sin cesar y darle la mayor suma de bienestar posible, es la tarea de los que consagran sus fuerzas y su inteligencia al bien de sus semejantes.

Los dolores físicos y morales inherentes á la humanidad es indudable que han debido ser más intensos en la época en que la especie humana apareció sobre la faz de la tierra, es decir, cuando el hombre empleó por primera vez sus dotes intelectuales y materiales para adquirir una perfección superior a su estado salvaje; y la intensidad de esos dolores ha venido disminuyendo progresivamente en la misma proporción que han aumentado los progresos intelectuales y materiales de la especie.

Siguiendo el mundo y los seres que en el existen una serie interminable de transformaciones, que parecen como que completan la obra del Creador, cabe admitir que los seres sensibles y pensantes no conocerán su verdadera felicidad sinó cuando su vida germine en una esfera de amplia actividad, lo que sucederá cuando conozcan completamente el medio en que se desarrollan, porque entonces estarán exentos de sufrimientos, ó los habrán reducido á una mínima fracción. Así las generaciones actuales gozan de una felicidad relativa desconocida de las antiguas. Podemos regocijarnos los que ejercitamos nuestras facultades de la vida orgánica y de relación en un ambiente menos impuro, y debemos aceptar nuestros dolores, ya que ellos se han mitigado mediante el esfuerzo incesante de las generaciones que nos han precedido en la peregrinación de la vida, á condición de poner nuestra parte de trabajo en la obra de la perfección que han de aprovechar las generaciones del porvenir.

Las anteriores consideraciones me han sido sugeridas por el estado de las diversas enfermedades que afligen á la humanidad y que forman el grupo principal de sus dolores, y contra las cuales se ha emprendido lucha tenaz y potente á fin de verse libre de su destructora influencia.

Entre estas enfermedades, la tuberculosis, sin duda alguna, ocu-

pa en la actualidad más la atención de los hombres, porque es la más traidora y la que hace más víctimas, pues reina en todos los países de la tierra.

Nacida con la civilización, y extendiéndose á medida que se realiza la magna obra de la conquista de los pueblos salvajes, la lucha contra ella es también más activa y enérgica.

Hoy día, la tuberculosis es la enfermedad que más ocupa la inteligencia de los sabios y la actividad de otros muchos hombres. Poderosos y humildes militan en las filas del ejército que combate, indistintamente, á los pequeños y á los grandes. En esa falange bienhechora figuran nombres ilustres, que descuellan entre los demás así Laennec, Villemun, Pasteur, Koch, Grancher, que han venido esclareciendo la enfermedad, estudiando su naturaleza y buscando los medios para combatirla, con una tenacidad y un criterio ejemplares.

En El Salvador, la lucha ha comenzado. Nuestra desventurada patria, que hartó desengrada está por otras causas, sufre también los estragos de tan terrible azote. La tuberculosis va invadiendo rápidamente las distintas esferas sociales, al grado de ser desconsoladora la perspectiva que bajo este aspecto ofrece el porvenir de estos pueblos, perspectiva que justifica todo lo que se hace y se hará contra tan destructor elemento.

Al comparar los datos que arroja la estadística de las defunciones causadas por la tuberculosis en El Salvador, con los que suministran la de las mismas defunciones en otros países de la América Latina, encontrará aún el menos observador, una diferencia considerable, suficiente para juzgar de la situación apremiante de nuestra República en cuanto al incremento que ha tomado aquella enfermedad.

Las causas de este considerable desarrollo de la tuberculosis entre nosotros, son múltiples. Procuraré analizarlas de la manera que me sea posible.

Sabido es que en todos los países la tuberculosis sigue en su desarrollo idéntico proceso, pues las causas que determinan su propagación son las mismas, sin embargo pueden especializarse algunas, por considerarse las como predominantes, tales como son el alcoholismo, la miseria fisiológica, el agotamiento por el trabajo, la falta de higiene, etc., causas particulares que ocurren en El Salvador unidas a otras que proceden de ciertas costumbres sociales y modo de ser de nuestros pueblos. Examinemos cada uno estos puntos.

El alcoholismo —El vicio de la bebida cada día toma mayores proporciones entre las diferentes clases populares, al grado que se hace necesario ya dirigir de un modo especial la atención hacia este peligro, que amenaza de muerte nuestra organización política y social, para

estudiar la manera de detenerlo en su avance progresivo.

El gran consumo que en el país se hace del alcohol, no hay duda que conducirá con rapidez á nuestro pueblo á un estado tal de aniquilamiento que no está lejos la época en que se llegue á la completa degeneración de la raza, porque no á otra cosa conduce este vicio que enerva y embrutece, que enferma, aniquila hasta convertir organismos fuertes y bien constituidos en terreno fertilísimo para el desarrollo de múltiples enfermedades.

Actualmente empezamos á palpar las funestas consecuencias que va produciendo el uso inmoderado de las bebidas alcohólicas, la vagancia cunde, la inmoralidad aumenta, y la miseria llama á las puertas de las familias en un país que guarda en su suelo veneros inagotables de riqueza, y en donde el hambre nunca ha ocasionado una víctima.

Ante semejante situación, cabe preguntar ¿Podría resistir nuestro pueblo la acción destructora de la tuberculosis? Desde luego habría que responder que nó, y no vacilaría en sentar de una manera definitiva la siguiente conclusión: La acción destructora de la tuberculosis, entre nosotros, está en razón directa del incremento del alcoholismo. Se preguntará, á que obedece este crecimiento? A las siguientes causas:

1° La falta de educación del pueblo

2° El ejemplo dado por las altas clases sociales, entre las cuales el alcoholismo empezó á propagarse, haciendo las primeras víctimas.

3° La inercia de algunas autoridades en poner en práctica las medidas coercitivas que establecen las leyes para evitar, ó siquiera disminuir la propagación del uso de las bebidas alcohólicas.

4° La ignorancia que existe sobre los perjuicios que trae el uso del alcohol como bebida.

Creo innecesario demostrar la verdad que encierran los hechos anteriormente apuntados, porque juzgo que basta solo examinarlos para que el lector esté de acuerdo conmigo, pues que tales hecho no los desconoce nadie.

Miseria fisiológica. —Trataré de este segundo punto de una manera general.

La Miseria Fisiológica reconoce como causas la escasa y mala alimentación y los sufrimientos físicos y morales. La primera procede de la escasez de recursos para proporcionarse el individuo abundantes y buenos alimentos, lo que origina el debilitamiento del organismo, que se encuentra así abonado para el desarrollo de muchas enfermedades.

En un organismo debilitado, se encuentran las condiciones que aprovecha la tuberculosis cuan-

do esta enfermedad invade aquel cuerpo, las cuales son la falta de nutrición y la falta consiguiente de energía orgánica, condiciones que favorecen aquella enfermedad, por cuanto que lo característico de esta es el agotamiento.

Los sufrimientos físicos y morales reconocen diferentes orígenes que no podemos analizar, pero que no se ocultan á mis lectores. Estos sufrimientos que abaten el espíritu, cuya serenidad influye poderosamente en la salud del cuerpo, destruyen el valor que se necesita para amortiguar la intensidad de aquellos sufrimientos y hacerlos más tolerables, y para el mantenimiento de una esperanza consoladora que pueda acarrear el mejoramiento de esa abrumadora situación.

Sin duda alguna que el alcoholismo produce la destrucción orgánica de manera más rápida, pero la que ocasiona la miseria fisiológica, aunque lentamente, es más profunda é irremediable.

Precisa, pues, mejorar las condiciones sociales de nuestro pueblo.

De que manera se alcanzará este fin?

Fomentando el trabajo por medio del establecimiento de centros industriales, y secundando eficazmente todo esfuerzo que tienda al mejoramiento de las clases pobres, medios que fomentarían en ellas el hábito del trabajo.

Agotamiento ó fatiga por el trabajo. —Dejaría incompleta mi labor sino dedicara especial consideración á esta causa poderosa de la propagación de la tuberculosis. El trabajo que entre nosotros se realiza poniendo en juego exclusivamente la función animal, sin conducirlo de una manera racional para evitar el exceso y la fatiga, necesita pronta é inmediata reglamentación para que no produzca los perniciosos efectos que actualmente produce, y para que, á la vez que sea remunerador, levante á nuestras clases proletarias de la condición en que hoy se encuentra.

El trabajo, entre nosotros, es esencialmente aniquilador. Lo prueba el estado endeble y enfermizo que ofrece nuestra clase jornalera, que habituada de antaño á las condiciones en que hoy ejerce su oficio, no se preocupa de mejorar su suerte. Eso la conduce al agotamiento extremo, que vuelve al que lo sufre candidato favorecido, terreno abonado para que se desarrolle el bacilo de Koch.

Falta de higiene. —He mencionado la falta absoluta de higiene como una de las causas que más contribuyen para que la tuberculosis progrese de una manera alarmante en El Salvador. La poca ó ninguna instrucción que se da al pueblo en materia de suyo tan importante como la higiene, viene a favorecer ese descuido y negligencia con que se recibe todo lo que tienden á la conservación de la salud.

La clase humilde del pueblo, esa que se dedica al trabajo rudo y constante, que no se cuida del sol ni de la lluvia, va á albergarse en la noche en habitaciones estrechas, mal ventiladas y húmedas. Hay lugares en nuestros barrios y suburbios donde esa pobre gente vive en completo hacinamiento. Si á esto se agrega el ningún aseo personal de esos individuos, se completará ese cuadro desconsolador.

La ignorancia que se tiene respecto al contagio de la tuberculosis, hace que muy poco se cuiden de ella. La falta de un sanatorio ó establecimientos especiales suficientes donde alojar tanto tísico que recorre nuestras calles, que ocupa los carruajes y tranvías, y que por todas partes donde pasa va dejando en sus esputos el germen de la enfermedad, para que más tarde el barrido inadecuado, el roce de los vestidos ó del calzado, levante ese esputo ya desecado, convertido en pequeñas partículas y confundido con el aire para ser respirado por todo el mundo, es una de las más poderosas causas de contagio. En nuestras cantinas y hoteles no se guarda ningún cuidado con los tísicos. Los útiles que estos han ocupado vuelven á servir para el primero que se presenta. El vaso, cubiertos y demás objetos que utiliza un tuberculoso en un Restaurante ú Hotel, después de recibir un ligero baño de agua, vuelven á confundirse con los otros de su especie, dispuesto á servir para un nuevo cliente. Los reglamentos higiénicos son burlados siempre por el propietario.

La leche, como la carne de vaca, son otros medios de transmisión de la tuberculosis. Aquí se podrá garantizar que una leche no contiene agua, pero no sabemos si procede de vacas enfermas. Lo mismo sucede con la carne, no basta para destazar una res saber si está flaca ó gorda; eso no es medio seguro para saber si es tuberculosa ó no. Según Hirsberger, 10 por ciento de las vacas viven cerca de las poblaciones donde ataca más la tuberculosis, y de ellas la mitad dan leche tuberculosa, de suerte que cinco por ciento de las leches consumidas en las poblaciones, contienen el bacilo de la tuberculosis.

El clima. —No debo terminar esta revista de las causas que en El Salvador influyen poderosamente para propagar la tuberculosis, sin antes mencionar de una manera especial nuestro clima que en su

mayor parte es caliente. Sabido es, como dice Bernheim que esta clase de clima no solo favorece el desarrollo de la tuberculosis, sino que hace tomar á la enfermedad un carácter más grave del que ordinariamente tiene.

Los climas templados y fríos también se encuentran en algunas poblaciones de la República, pero en menor proporción. Los últimos especialmente solo se hallan en ciertas alturas del país.

Estas son, á mi juicio las causas más poderosas, entre otras de menor importancia que han influido de una manera decisiva para que esa enfermedad, que ahora preocupa de un modo sensible á los higienistas de todos los países, haya extendido sus dominios en esta pequeña sección del istmo centroamericano.